



Educación y vida

Pierre Furter
Buenos Aires: Magisterio del Río de la Plata, 1996

Al magisterio amable de José Luís Sampedro debemos una sugerente reflexión acerca de la educación que tenemos, y nos advierte que, con frecuencia, se olvida de enseñar a vivir. De las aulas, diría en una de sus conferencias en la Universidad Menéndez Pelayo (verano de 2003), salen más consumidores y productores que *vividores*, más súbditos que ciudadanos: la palabra *vividor* –añadía– se ha cargado de connotaciones peyorativas, cuando vivir plenamente debería ser la meta.

Aprender el arte de vivir (y viceversa) es –desde siempre– una tarea tan ilusionante como desafiante. Un tesoro por descubrir al que con innegable, aunque oculta, vocación pedagógica y social hace más de veinte años que el celebrado Informe de la UNESCO, coordinado por Jacques Delors, alentó como un pilar básico de cualquier educación que mire al futuro, prolongando sus afanes en las virtudes del vivir juntos.

La obra que “recuperamos” va de esto, nombrando la *educación* y la *vida*.

Publicada originalmente en portugués (Petrópolis-Brasil, 1966), por Vozes Editora, sería reeditada en varias ocasiones en este idioma antes de hacerlo por vez primera en castellano, con una bre-

ve introducción de Ezequiel Ander-Egg; con Pierre Furter, su autor, dos personas clave para entender buena parte del quehacer pedagógico, sociocultural, cívico y reivindicativo de las últimas décadas, en los organismos internacionales y en el contexto latinoamericano. Sorprende decirlo de un autor que nace en Suiza en 1931, siendo estudiante de Filosofía y Pedagogía en las universidades de Lausana y Neuchatel, posteriormente, profesor de la Universidad de Ginebra, en la que se jubiló como catedrático honorario en los primeros dos mil. No tanto si nos adentramos en su biografía, recordando su especialización en Literatura comparada en Lisboa, Zúrich y Recife, o su trabajo –llegando a coincidir con Paulo Freire– en América Latina, en Brasil y Venezuela. Ocupaciones a las que uniría, entre otras y mucho más tarde, la de presidente de la Sociedad Suiza para la Investigación Educativa, vicepresidente de la Asociación Francófona de Educación Comparada, experto de la UNESCO y consultor del Instituto Internacional de Planificación Educativa (IIPPE) en París; además de buen conocedor de la filmografía de Luís Buñuel (al que consideró un educador y pedagogo surrealista) o de las duras realidades de *Las Hurdes*, tierra sin pan... Tuve el privilegio de conocerle finalizando 1982 y de ser invitado a su Cátedra de Ginebra mediando los noventa del pasado siglo; y la satisfacción de que fuese investido –el 20 de enero de 2000– como el primer Doctor

Honoris Causa de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad compostelana.

Como libro, *Educación y vida* converge con otras obras que ilustran el incesante inconformismo utópico y humanista de Pierre Furter, buscando conciliar lo viejo con lo nuevo, lo mítico con lo real, la reflexión con la acción, la mirada cotidiana con la visión planetaria, la moralidad con la política, lo coyuntural con lo continuo o permanente; también detiene la atención en el tránsito que va de la infancia a la vejez: “lo importante es mostrar que tanto el joven como el viejo son seres inacabados, pero inacabados de una manera diferente. Para el viejo, se presenta el problema, nuevo pedagógicamente del ‘reciclaje’, esto es la redefinición de su papel en una sociedad donde él ya no goza de sus privilegios anteriores. Para el joven, es como prepararse para una vida que será una perpetua maduración, sin posibilidad de ser, algún día, adulto, sino siempre evolucionar como un adulto” (p. 64).

A pesar de las reiteradas crisis sociales y del naufragio de los idealismos, para Furter el espíritu de la utopía continúa soplando. Para ello, situar la educación en el espacio y el tiempo es tan substancial como indispensable: no solo en lo que atañe a la educación conocida y experimentada; también para la que debemos construir, invocando la necesidad de educarnos continuamente.

Esta es, sin duda, una de las grandes aportaciones de este libro..., con el que Furter se convierte en uno de los principales precursores de la “educación permanente”, que hoy identificamos con los aprendizajes a lo largo de toda la vida: el educarse auténtico, señala, que debe permitirnos “pensar la educación en el tiempo”, fuente y fundamento con el que renovar toda su problemática. Un tema que, a pesar de las insistentes apelaciones a la “esperanza” (él lo hizo interpretando la obra de Ernst Bloch) y los cambios que debe afrontar la educación en una sociedad que cambia, no se ha resuelto, como señala Ander-Egg en su prólogo (p. 7): “la relación entre la educación y la vida; que la escuela esté preparada para la vida. Tal y como está concebida la educación, no se aprende para la vida, sino para la escuela. En efecto: el valor que suele darse a los diplomas hace pensar que, más que aprender para la vida, se aprende para la escuela”.

No hay una alusión explícita a la educación social, tampoco a su pedagogía. Sin embargo, en toda la obra late su espíritu, el deseo de dar una respuesta –humanística y cívica– a las insatisfacciones provocadas por determinados modos de educar “escolarmente”, aminorando el papel de la imaginación y la creación, coartando los mundos de la experiencia personal y de la vida social global, que Furter asocia a una concepción dialéctica de la educación permanente; y que nosotros podríamos vincular a la educa-

ción social y, en parte, a una “pedagogía de la crisis”, que en su opinión no existe; la crisis –sean cuales sean sus manifestaciones– exige que nos resituemos, tomando conciencia de la situación existencial en la que estamos inmersos: “la crisis es inquietante, porque obliga a una participación total del sujeto, a una extrapolación que va más allá de los límites racionales” (p. 70).

Para Pierre Furter las humanidades, el humanitarismo y el humanismo pedagógico son vías que la educación tiene a su alcance, antes y ahora: no para identificar el humanismo con la restauración de modelos pasados, ni para imponer o “cosificar” las humanidades; tampoco para limitarse a actitudes o gestos pretendidamente humanitarios. Sí para mirar al futuro asumiendo nuestra capacidad de crear la humanidad, como “búsqueda real de fraternidad, de libertad y de igualdad” (p. 136), otorgando al lenguaje un papel clave: “no existe educación sin comunicación. Y la contribución específica de la educación al humanismo será enseñar, a las nuevas generaciones, a dialogar” (p. 137). En esta misión la pedagogía y la educación social no pueden ni deben inhibirse.

José Antonio Caride
Universidad de Santiago de Compostela